

CULTURA



Lara Maiklem, en la ribera del Támesis a la altura de Greenwich (Londres), en una fotografía cedida por la editorial. / TOM HARRISON

Lara Maiklem, que dedica su tiempo libre a buscar objetos en las orillas del río, narra sus peripecias y hallazgos de toda índole y épocas en un libro

El Támesis, un archivo de Londres

SERGIO C. FANJUL, Madrid
Lara Maiklem (Surrey, Reino Unido, 52 años) ha visto al menos tres cadáveres flotando en el río Támesis. Y muchos otros restos humanos de tiempos pretéritos, tibias, calaveras, mandíbulas de gentes que se caían de los barcos, que morían en batallas, que se quitaban la vida o que eran arrojadas a las aguas porque alguien quería deshacerse de su cadáver. Maiklem, de hecho, encontró una calavera cerca del estuario a la que bautizó como Fred: tenía 300 años y probablemente perteneció a un preso recluso en una cárcel de la zona.

"El río es omnipresente en Londres, pero a veces parece que ni lo vemos", explica Maiklem, autora del libro *Mudlarking. Historia y objetos perdidos en el río Támesis* (Capitán Swing). Ahí cuenta sus peripecias y hallazgos como *mudlarker*, es decir, como una de esas rebuscadoras que aprovechan las mareas bajas (el Támesis es un río con mareas) para escrutar el barro y hallar los regalos de otros tiempos. "A la gente le fascina, porque todos llevamos dentro un cazador recolector", dice, "es la excitación de encontrar algo que no estabas esperando".

El *mudlarking* ha sido históricamente una actividad ligada a las clases más bajas de la sociedad. "Existe desde que hay gente tan pobre como para andar buscando entre lo que otra gente desecha. El término comienza a usarse a finales del siglo XVIII, referido a esta gente que vive en los márgenes. Era una forma de supervivencia, pero ahora se ha convertido en un *hobby*", dice la autora, que ha popularizado la activi-

dad en las redes bajo el nombre de The London Mudlark. Su libro es también una reflexión sobre la historia de la ciudad y "una carta de amor" al río: "Un hermoso lugar feo, como todo Londres, que es un poco macarra", bromea.

Tapones de botellas romanas, tipos de plomo del siglo XIX (del encuadernador T. J. Cobden-Sanderson, que arrojó quinientas mil piezas al Támesis), ladrillos de la época Tudor, una espada del siglo XVI, un recipiente de la Edad de Hierro... El Támesis es el lecho arqueológico más largo de Inglaterra: miles de objetos custodiados en museos proceden de sus orillas. Por ejemplo, el célebre escudo de Battersea, una pieza de bronce celta datada entre el 350 y el 50 a. C., ahora en el Museo Británico. Para empezar a buscar se recomienda consultar mapas antiguos y acudir allí donde hay o ha habido actividad humana: almacenes, muelles, puentes o embarcaderos. También es común encontrar piezas sin demasiado valor, asociadas a la vida cotidiana: cadenas, cuencos de madera, el mango de un sartén de cobre, llaves, clavos o las clavijas de un instrumento musical. "Personalmente, este listado me transporta a otras épocas, y al mismo tiempo me resulta muy familiar", escribe Maiklem, que en 2022 fue elegida miembro de la Sociedad de Anticuarios.

Así, en los barro del Támesis

los *mudlarkers* hallan los restos de The London Mudlark. Su libro es también una reflexión sobre la historia de la ciudad y "una carta de amor" al río: "Un hermoso lugar feo, como todo Londres, que es un poco macarra", bromea. Una de las razones por las que se hallan antigüedades, además de



Alfileres de aleación de cobre hallados en el río.



Zapato de la época Tudor rescatado por Maiklem.

Ha encontrado zapatos del siglo XVI y tapones de botellas romanas

aquellas que la gente arrojaba al agua, es que en otros tiempos los desperdicios se usaban para rellenar y dar solidez a los muros de contención del río y otras estructuras. Cuando estos se van erosionando o son dañados o demolidos, van dejando escapar las piezas, como si estuvieran guardadas en el congelador de la historia.

Existe una legislación que regula qué piezas pueden quedarse los *mudlarkers* y cuáles tienen que ser entregadas en el Museo de Londres, que se nutre de estos hallazgos. Hay objetos considerados "tesoros" por el Estado: los de más de 300 años y al menos un 10% en peso de metales preciosos, por ejemplo, aunque existen otras tipologías. También se encuentra gran cantidad de material contemporáneo en las aguas, sobre todo relacionado con la higiene o la medicina: juguetes, peines, jeringuillas o cepillos de dientes. Y, cuidado, puede uno toparse con aguas residuales, de las que se vierten en el río el equivalente a 7.200 piscinas olímpicas al año. Hoy el Támesis es uno de los ríos urbanos más limpios del mundo, pero a mediados del siglo XX era tal su suciedad y abandono que fue considerado "biológicamente muerto".

Para practicar el *mudlarking* hace falta una licencia. Y para ser miembro de la Sociedad de Rebuscadores, fundada en 1962 por Ha-

rry Mostyn, conservador del Museo Marítimo Nacional, es necesario haber tenido la licencia estándar durante dos años y haber hecho aportaciones al Museo de Londres. Hay quien utiliza detectores de metales y quien excava agujeros en el suelo, pero Maiklem no es partidaria de esta última práctica, porque puede deteriorar objetos enterrados y la ribera del río. Ella prefiere tomar aquello que el río le ofrece a simple vista.

Desarrollar la paciencia

Maiklem comenzó a practicar el *mudlarking* cuando se mudó a la capital, procedente de la granja familiar, en Surrey, a principios de los noventa: estaba aburrida del medio rural y quería ir a obnubilarse por las luces y el caos londinense. El Támesis era solo un obstáculo que cruzaba desplomada en el asiento trasero de un taxi cuando volvía, de madrugada, de discotecas y fiestas locas. Pero un día reparó en él... y se sintió bien, como si regresara al hogar.

Para su tarea, de hecho, conserva algunas habilidades de su pasado campestre: la espalda flexible de una familia acostumbrada a recoger patatas y la atención plena a las cosas pequeñas que le inculcó su madre. Ahora Maiklem se fija minuciosamente en lo que alberga el fango ribereño y ha adaptado su mirada a interpretarlo, como el científico aprende a interpretar lo que ve al microscopio. En la naturaleza se dan pocas líneas rectas, pocas formas perfectas, de modo que detectarlas en el barro es una forma de detectar aquello que ha sido fabricado por manos humanas.

La práctica del *mudlarking* es una forma de desarrollar la paciencia en tiempos apurados, de aislarse del mundo exterior, de practicar la atención olvidando los problemas mundanos. Aunque puede ser peligrosa: "Hay que estar atenta a la marea, puede subir rápidamente. También hay que tener cuidado en las zonas donde el fango es muy profundo y puedes hundirte", advierte.

A veces Maiklem encuentra botellas con mensajes dentro, mensajes que son cuentos infantiles de dragones y princesas o que son garabatos íntimos, despedidas de seres queridos que se han ido para siempre o demonios psicológicos que alguien quiere conjurar entregándolos al río, como una terapia, como un sortilegio, en un río que, además, tiene un largo pasado mágico, religioso, espiritual. "A veces rebuscar en el río es como leer el diario de la gente: aparecen cartas de amor, fotografías, anillos de compromiso...", dice la autora. También aparecen con algo de frecuencia, no demasiada, las "botellas de bruja": recipientes rellenos de orina, clavos, pelos o uñas que servían para proteger de los hechizos malignos.

El hallazgo favorito de Maiklem es un pequeño zapato de niño de la época Tudor (siglo XVI): "El barro hace que los tejidos se conserven como en el momento en que acabaron en el río, de modo que está perfectamente conservado, se ve la forma de los dedos del niño que lo usó. Es como un viaje en el tiempo. Por esa sensación merece la pena pasar horas en la humedad y el frío buscando en la orilla", concluye.